

LOS HOMBRES QUE PARECEN FELICES

por Aníbal RAVAGNÁN

I

Ambrosio Lezama, era en aquel entonces, contador en una institución bancaria. Su sueldo de ochocientos pesos, le permitía una vida tranquila, en un hogar modesto que compartía con su joven esposa, Carmen, y dos hijos de corta edad.

La mujer con quien contrajo enlace, cuando recién ingresara al banco, reunía una serie de condiciones morales que hacían de ella la compañera ideal para un hombre de pocos recursos como era Ambrosio. Carmen, desde el día que dejó a sus padres, se inició en la nueva casa de acuerdo con un presupuesto económico que mantenía con gran habilidad para que su esposo pudiera hacer con desenvoltura los gastos que originan la adquisición de los artículos necesarios para vestir. Ella

sintió en un placer de dicha suprema. Se sentían tan felices que las horas pasaban como ráfagas.

A veces, Ambrosio, leía en alta voz algún capítulo de una novela y cuando los personajes de ésta, cobraban interés sentimental, su esposa, suspendía el tejido de lana y hacia descansar sus ojos azules, visiblemente emocionados, sobre el lector, inundándolo con una luz que parecía brotar de lo más hondo de su corazón.

II

Una racha de prosperidad invadió el hogar de Lezama. Fue ascendido a gerente. Su sueldo se elevó vertiginosamente de los cientos a los milares y poco a poco, esos pesos fueron amontonándose ante sus ojos asombrados, como copos de nieve, llegando a formar una montaña de riqueza.

Las vinculaciones que a diario lo ligaban a otros personajes del mundo de los negocios, fueron abriendo otras puertas, por las cuales llegaban hasta él, nombramientos para desempeñar puestos brillantes que podía compartir con el que ocupaba. Hoy, le ofrecían la participación en el directorio de una poderosa compañía de petróleo; mañana, le pedían que aceptara la vacante de síndico en una sociedad por acciones, con un capital fabuloso.

En poco tiempo, ese afortunado, llegó a percibir, mensualmente, la suma de catorce mil pesos.

Arrastrado por ese torrente de dinero, la vida de Ambrosio salió de su cauce y fue llevado a un océano de riqueza, debajo de cuyas aguas, andaban otros afanes que cegaban sus ojos de alucinado.

Al poco tiempo de haberse iniciado en esa triunfante ascensión de intereses, hizo construir, en un pintoresco paraje de la ciudad, un palacete, circundado por majestuosos jardines, en cuyos rincones la poesía hubiera encontrado más de un templo. Por las noches, ya fueran estas tormentosas o de plácida luna, Ambrosio Lezama, salía solo, en su automóvil, como un príncipe que iba a convertir en realidad los sueños de su espíritu fantástico.

III

Transcurrieron varios años. Aquellos niños, que se acostaban temprano, cuando sus padres iban a un teatro, eran ya grandes y ambos estaban en vísperas de contraer enlace.

La esposa de Ambrosio, la cual

había pagado con un caudal inmenso de lágrimas, los éxitos financieros de su marido, quiso el destino que dejara de ser la compañera cariñosa, la que no concebia la vida sin los mimos de su esposo.

Para llegar a ello, su corazón fue anestesiado con amargas horas de insomnio, durante las cuales, el latir del reloj de pie, alejaba milímetro por milímetro al ser querido del hogar tibio; de ese nido que fue para ellos toda la felicidad.

Algunas mañanas que la sorprendieron en su angustiosa espera, al oírlo llegar, se ocultaba detrás de una cortina; desde allí, lo veía entrar estirado en su impecable frac. En el semblante triste las huellas del festín, los estragos de la orgía. Su semblante descompuesto mostraba a la desconsolada esposa una visión de escenas escandalosas, vividas en una noche de luxuria. Ese espectáculo, sacudía a su anestesiado corazón, lo estrujaba hasta ahogarlo con una garra de vergüenza y desprecio. Así volvía a la realidad.

No necesitaba oír su voz esas palabras que lo disculpaban ¡ya sabía que iba a contestarle!:

—Me entretuve en el club, con unos amigos...

Lo dejaba alejarse, mirándolo con ojos desgarradores que mostraban su dolor. ¡Para qué iba a detenerlo!... No lo necesitaba. Su acomodado espíritu iría a buscar refugio en el corazón de sus hijos...

IV

Ya las canas habían blanqueado la cabeza de Ambrosio Lezama. Se guisa siendo el hombre poderoso, millonario. Sus amigos se encargaron de abrirle paso en la política, complemento moral, necesario a toda persona de posición.

Sin mayores esfuerzos consiguió una banca en la cámara de senadores.

Junto con las canas, su organismo sintió el quebranto que deja la juventud, si su paso ha sido vertiginoso. Poco a poco, tuvo que ir cambiando vida, y así fue cómo empezó a observar el ambiente glacial de su hogar.

Los recibos que ofrecía a sus amigos lograban sostener su ánimo desfalleciente, pero cuando estos se iban, después de oír sus lisonjas, permanecía en el "hall" hasta que el último de sus servidores se retiraba a descansar. En él veía un símbolo, algo que despertaba sus recuerdos. Al entrar en sus habitaciones, la

PEDRÍN

BROCHAZOS PORTEÑOS

El nuevo libro de FÉLIX LIMA

se encuentra en venta en las librerías del centro, en Gath y Chaves, en las administraciones de FRAY MOCHO, Balívar, 879, y de "El Oeste", Rivadavia, 3949, en las librerías de Belgrano y Flores, en Rosario de Santa Fe y en Montevideo, y en todos los quioscos de las estaciones de ferrocarril de la República.

Precio: \$ 2.50.

EL FOOTBALL EN EL RÍO DE LA PLATA

por ERNESTO ESCOBAR BAVIO
(Antiguo cronista de sports de "La Nación")

En 360 páginas, la historia completa del popular sport en el continente, desde el año 1893, hasta la actualidad.

Adquiera un ejemplar en: Editorial Sports, Bolívar 879; Gath y Chaves, Cangallo y Florida; Jorge G. Brown y Cia., Cangallo 684; Librería Peuser, San Martín y Cangallo; Barbera, Mattozzi y Cia., Esmeralda 332; Librería Moen Balder, Florida 431.

Precio del volumen: 3 pesos

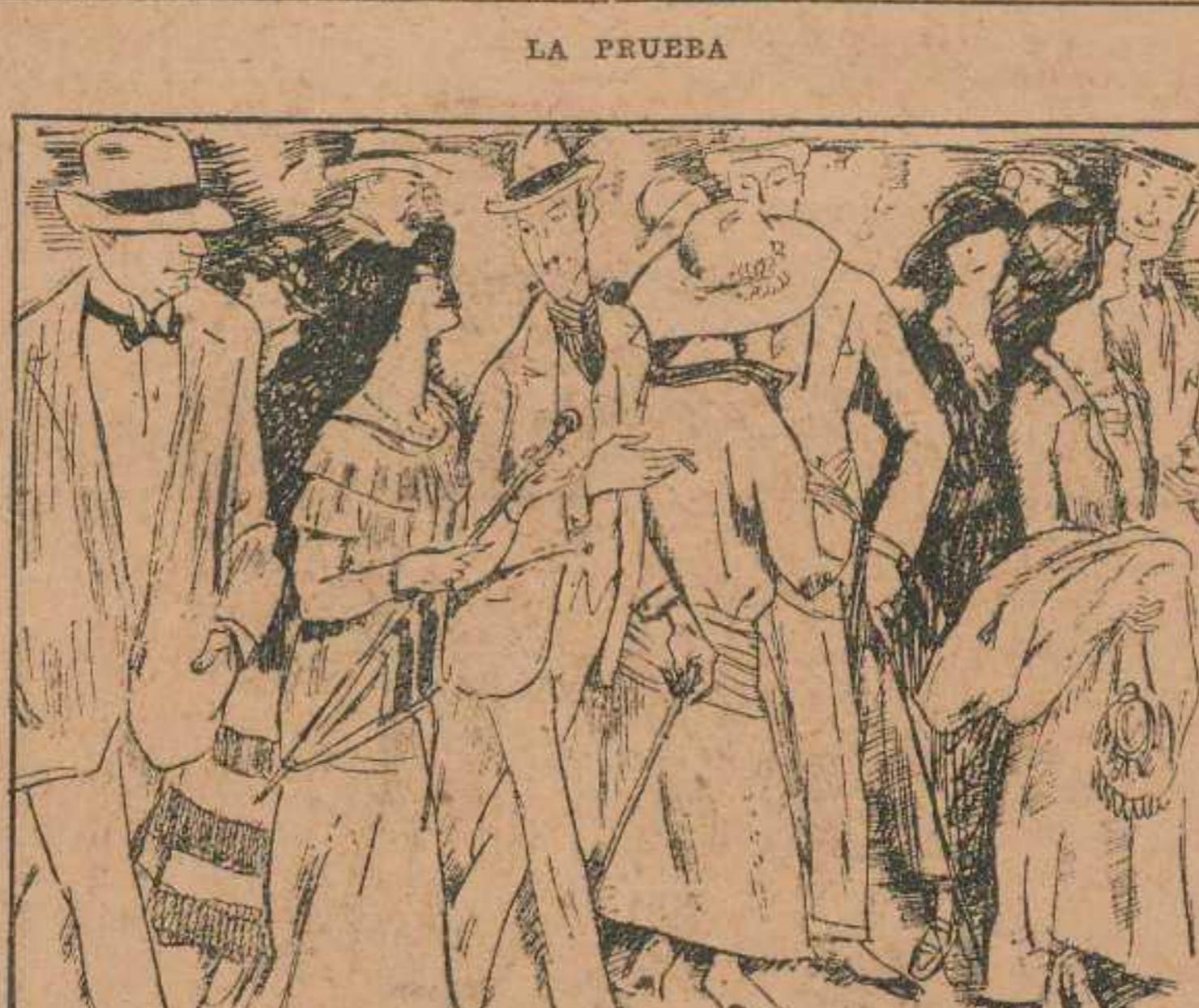
Los pedidos del interior deben ser acompañados, además, de 0.30 para el franqueo certificado.

ahorraba lo que podía y para lograr ese propósito, modificaba sus trajes y sombreros, y en esa forma cada estación tenía un vestido para salir decorosamente a la calle, sin desducidar las características más indispensables de la moda.

En el cuidado de sus hijitos: un varón y una nena—que ambos idólatraban—era donde mayores pruebas daba de su buen gusto poniendo de manifiesto con una serie de detalles primorosos, los recursos que tiene una madrecita para hacer resaltar la belleza de sus criaturas.

Lezama, en aquella época, era un hombre feliz. Cuando se retiraba de su empleo a las siete de la noche, se dirigía tranquilamente a comprar golosinas. Su única preocupación la constituía el deseo de llegar cuanto antes a su calido hogar, donde su cariñosa compañera lo esperaba ansiosa de estrecharlo entre sus brazos.

Algunas noches, salían, después de comer, dejando a sus hijitos acostados, y sus paseos se reducían a una sección de teatro o cinematógrafo. Las más de las veces, preferían quedarse en su casa, confortablemente instalados en unos sillones, detrás de los cuales, una lámpara de pie iluminaba a través de su pantalla de colores vivos, sus rostros sonrientes, ajenos a toda otra evocación que no fuera la de contemplar a sus niños jugando sobre la alfombra. El mudo regocijo que experimentaban en esos instantes, se reflejaba en sus rostros, cubriendolos con una alegría inefable que amodorrraba sus



—¿Qué si se pone polvos? El otro día se acercó a un ventilador eléctrico y los dos hombres que estaban junto a ella casi se ahogan.

soledad lo recibía en sus brazos invisibles; fríos como los de un muerto. Con el espíritu dolorido se acercó al dormitorio de su esposa, y por la puerta entreabierta dejó pasar su mirada; la vió dormir plácidamente, ajena a esa angustia que se había apoderado de todo su ser.

Entristecido se dirigió a su dormitorio y se dejó caer en un sillón. Rápidamente desfilaron en su cerebro jirones de su vida pasada. Un éxtasis profundo invadió sus sentidos, hasta que un extremecimiento, un dolor punzante en el pecho, lo dejó sin fuerzas. Alarmado, llamó a su esposa. Viendo que esta no llegaba, buscó con mano torpe el botón de la campanilla. En esa acitud quedó rígido, al par que su boca en una contracción inverosímil quería articular palabras.

El viejo sirviente que corrió a su lado, le prodigó los primeros cuidados. Después, olvidó todo...

A los pocos días, su organismo experimentó una leve mejoría.

Escasos amigos iban a verlo. Lo acompañaba doña Carmen, la que se sentaba cerca de la ventana, en cuyo sitio permanecía silenciosa, mirando a través de los vidrios.

Dentro de la habitación, no se escuchaba ni un solo rumor.

En esos instantes, el hombre que perdió el afecto del hogar comprendió que era el ser más infeliz. Para qué le servía la riqueza y los honores, si por ellos, inconsciente, había perdido el cariño de su esposa y de sus hijos?

La pompa del mundo lo cegó y al correr tras ella, se internó cada vez más en un desierto sombrío. Ahora las fuerzas le faltaban para volver atrás y el espectro de la muerte se levantaba ante sus ojos espantados.

Otras ideas, más lugubres, acabaron de abatir su desesperanza, sintió frío y con voz temblorosa, llamó a su compañera, la que arregló magníficamente el abrigo de la cama como lo hubiese hecho una enfermera.

Al mirarla tan cerca, el arrepentido, no pudo contener una avalancha de sollozos que escaparon de su pecho y extendiendo una mano entumecida, tomó la de su esposa y la atrajo hacia sí.

—No puedo más! —exclamó. —He sido un insensato... ¡Perdóname, Carmen! ¡No me dejes solo...

La fiel compañera, tomó la cabeza de Ambrosio entre sus brazos y la apretó amorosamente contra su pecho. Puso en ese gesto toda su bondad femenina, pero en lo profundo de su corazón, no encontró el impulso, el afecto cariñoso que necesitaba para que ese perdón fuera verdaderamente humano, y fingiendo, lo besó, con el beso de un corazón apagado, sin el fuego del amor...